

INCONTROLABILIDAD OBJETIVA Y PERCEPCIÓN DE INCONTROLABILIDAD

A. GODOY; A. FIERRO
Universidad de Málaga

Resumen

Muchas teorías y modelos actuales recurren, para explicar el comportamiento, al constructo psicológico denominado *percepción*. El grado en el que dicho constructo teórico se relaciona con los contenidos fenomenológicos experimentados por el sujeto difiere de unos modelos a otros, sin embargo, en la mayoría de ellos guarda una relación bastante estrecha con dicha fenomenología, bien porque parte de ella, bien porque en las definiciones operativas es, al menos, una parte del referente significativo. Entre estas teorías ha adquirido especial relevancia en los últimos años la de la indefensión aprendida, en la que el constructo *percepción de control* juega un importante papel.

En el presente trabajo se explora experimentalmente el papel que sobre la percepción de incontrolabilidad juegan el grado de incontrolabilidad objetiva y las expectativas de controlabilidad, tanto generales como situacionalmente específicas.

Abstract

In order to explain behavior, several current theories and theoretical models appeal to the psychological construct named «perception». The degree in which this theoretical construct is related with phenomenological contents experienced by the subject differs from one model to others. Nevertheless, most of them consider its close relation to this phenomenology, either because it is originated on it, either because it is at least a part of the significative reference in operative definitions.

Among these theories, learned helplessness theory, wherein control perception plays an important role, has acquired special relevance in last few years.

In the present issue, it is experimentally explored the role that over the incontrolability perception is played by the objective incontrolability and the general as well as situationally-specific controllability expectations.

Cuando en 1975 Seligman propone la teoría de la indefensión aprendida para explicar el fenómeno de la indefensión sostiene la existencia del siguiente flujo temporal de acontecimientos: No contingencia objetiva → Percepción (expectativas) de no contingencia → Síntomas de indefensión (cognitivo, motivacional y emocionales; Maier et al., 1969; Seligman et al., 1971; Seligman, 1975).

Posteriormente, en 1976 Maier y Seligman (y Alloy y Seligman, 1979) diferencian entre percepción y expectativas, suponiéndose en dicho modelo explicativo que primero los sujetos perciben la incontrolabilidad y que esto hace que esperen incontrolabilidad también en el futuro.

Por fin, en 1978 Abramson, Seligman y Teasdale añaden un componente más, el atribucional, que se daría entre la percepción y la generación de las expectativas de incontrolabilidad. En este nuevo modelo, reformulación de los anteriores, se intentará explicar el surgimiento de las expectativas. En ninguno de los tres modelos (denominados por Alloy, 1982, el «antiguo», el «intermedio» y el «refor-

mulado») se explica, sin embargo, cómo surge la percepción de incontrolabilidad.

Mientras la experimentación sobre el fenómeno de la indefensión, y en torno a la teoría propuesta por Seligman, se mantiene principalmente en el campo animal, el problema no surge con fuerza. En el paradigma experimental que se propone, se postula simplemente que la percepción de incontrolabilidad depende directamente de la incontrolabilidad objetiva, siempre y cuando no se dé ninguno de los factores limitantes del estado de indefensión. Como dice Seligman (1975), cuando las respuestas y los resultados son no-contingentes, muchos organismos aprenden, o llegan a percibir, que las respuestas y los resultados son no-contingentes.

Estos factores limitantes son, en opinión de Seligman (1975), al menos tres: inmunización por experiencia previa en controlabilidad, inmunización por aprendizaje discriminativo y significación relativa de la situación en la que se aprende la indefensión.

Sin embargo, la ocurrencia de incontrolabilidad objetiva, en ausencia de los factores limitantes, es una condición suficiente, pero no necesaria, para que se produzca percepción de incontrolabilidad. Seligman (1975) parece admitir que se pueden tener creencias de incontrolabilidad sin haber pasado previamente por una situación de incontrolabilidad objetiva, cosa que puede apreciarse bien en la investigación con humanos y que se había puesto de manifiesto en algunos estudios recogidos por Glass y Singer (1972).

En nuestra opinión, si el modelo toma en cuenta tanto la incontrolabilidad objetiva como los llamados factores limitantes es con el objetivo de proporcionar un paradigma de experimentación que permita producir percepción-expectativas de incontrolabilidad, que sería la variable causante de los síntomas. Esta consideración periférica de la incontrolabilidad objetiva hace que Seligman, en su libro de 1975, despache el tema sobre el surgimiento de la percepción de incontrolabilidad considerándolo como un caso particular de la percepción de no contingencia entre dos eventos y enviando al lector, mediante una nota a pie de página, a estudios anteriores.

El problema, sin embargo, surge con fuerza en la experimentación con humanos y toma cuerpo a partir del artículo de Hiroto (1974), en el que se postula que los sujetos de control externo (que creen que lo que les acontece no depende de ellos, sino de fuerzas ajenas, tales como el azar, la suerte y otras personas) estarían en un estado de indefensión constante, ya que es precisamente la creencia de que uno no controla los resultados la causante de los síntomas de la indefensión. Desde este punto de vista, en el que aún no se diferencian la percepción de las expectativas, las expectativas de control externo serían, a nivel de rasgo, el equivalente a la percepción de incontrolabilidad inducida en el laboratorio con los experimentos sobre indefensión aprendida (Lefcourt, 1981).

En este momento de la investigación, entonces, pueden distinguirse dos tipos de creencias en la incontrolabilidad: las concretas que surgen tras la manipulación experimental en el laboratorio, y las generalizadas y estables que pueden evaluarse con escalas de lugar de control como la de Rotter (1966). Ambos tipos de creencias, sin embargo, conducirían a las manifestaciones del estado de indefensión (Hiroto, 1974; Hiroto y Seligman, 1975).

La diferenciación realizada por Maier y Seligman en 1976 entre percepción y expectativas, conduce a que la fuerza del problema acerca de cómo surge la percepción de incontrolabilidad disminuya, ya que la variable que se postula como relevante no es ya la percepción, sino que viene expresada por las expectativas de incontrolabilidad.

La reformulación del modelo propuesta por Abramson, Seligman y Teasdale (1978), o la paralela de Miller y Norman (1979), van destinadas, en parte, a explicar cómo surgen las expectativas. Es así como se propone una reformulación atribucio-

nal en la que se sostiene que las expectativas dependen (no se especifica si total o parcialmente) de las atribuciones causales que sobre la incontrolabilidad percibida realice el sujeto.

En la actualidad el problema parece haber vuelto de la mano de Alloy y Abramson (1979, 1982; Alloy, Abramson y Viscusi, 1981; Abramson, Alloy y Rosoff, 1981), cuando someten a prueba uno de los postulados fundamentales de la teoría de la indefensión aprendida, que las expectativas de incontrolabilidad interfieren con la posterior percepción de la controlabilidad objetiva. En su primer estudio, y de forma inesperada, Alloy y Abramson (1979) encuentran que los sujetos deprimidos perciben el grado de control objetivo que ejercen mejor que los sujetos normales, no deprimidos.

Este primer estudio parte, en nuestra opinión, de un razonamiento inadecuado: el de afirmar la presencia de la causa por la ocurrencia del efecto. Aparte de que ellos escogen a los sujetos deprimidos sobre la base de sus puntuaciones en el BDI y en el MAACL, lo que debe tomarse como intensidad de síntomas pero no como depresión propiamente dicha (cfr. Costello, 1978), en ninguna parte de la teoría de la indefensión se afirma que todos los tipos de depresión sean causados por expectativas de incontrolabilidad. Si bien puede esperarse desde la teoría que todos los sujetos que manifiesten expectativas de incontrolabilidad manifiesten síntomas semejantes a los de la indefensión, lo contrario no puede mantenerse.

No obstante esto, del total de las investigaciones de Alloy y Abramson a este respecto, puede extraerse la conclusión general de que ni los sujetos deprimidos ni los indefensos tienen problemas para percibir el control que ejercen (cfr. ut., Ruiz y Tudela, 1983). Es más, si alguien no percibe objetivamente es el sujeto normal, no deprimido ni indefenso, que tiende a manifestar el fenómeno llamado «ilusión de control» y que hace referencia a la tendencia a sobreestimar el grado de control objetivo ejercido sobre los eventos positivos.

El problema, pues, existente en la actualidad y que queremos abordar en el presente trabajo, en palabras de Alloy (1982), consiste en explicar cómo la no contingencia objetiva se transforma en percepción de no contingencia.

La solución a este problema, en nuestra opinión, es importante y tiene implicaciones más generales que las propiamente aplicables a la teoría de la indefensión aprendida. Con respecto a esta última, puede esperarse que contribuya a aclarar los resultados inconsistentes encontrados en la experimentación previa, en la que, en tanto que la percepción de incontrolabilidad parece conducir generalmente a la manifestación de los «síntomas de la indefensión», la incontrolabilidad objetiva no siempre lo hace (v.gr., Buceta, Polaino y Parrón, 1982; Godoy, 1986; Salgado y Valle-Inclán, 1982).

A nuestro parecer, no obstante, el problema que queremos someter a estudio se formula mejor planteándose cómo se genera la percepción de no contingencia o la percepción de incontrolabilidad,

si es que queremos escapar al «realismo ingenuo» en que parece moverse Alloy (1982).

El fenómeno bien establecido, y que hay que explicar, es el de que la gente a veces percibe de forma coincidente con lo establecido de forma objetiva y a veces tiende a sobreestimar el control ejercido (Alloy y Abramson, 1979, 1982; Langer, 1975).

Es decir, ¿cuándo percibiremos de una u otra forma?, o bien, ¿de qué variables depende que se perciba objetivamente o, por el contrario, se sobreestime el grado de control ejercido?

Hoy sabemos ya que, dada incontrolabilidad objetiva, hay otras variables que influyen en la percepción de controlabilidad-incontrolabilidad, tales como la contigüidad temporal entre respuesta y resultado, la frecuencia con que se da el resultado, su valencia, el formato o patrón según el cual se presenta la información, la práctica con dicho tipo de tareas, la posibilidad de elegir el resultado, el conocimiento de la meta a la que se dirige el comportamiento, y el estado de ánimo del que percibe (Alloy, 1982; Tabacknik, Crocker y Alloy, 1983).

En un intento por ahondar más en esta línea de investigación, partiendo de la propia teoría de la indefensión aprendida, vamos a postular que la percepción de controlabilidad-incontrolabilidad depende, en parte, tanto del grado de controlabilidad objetivamente ejercido como de las expectativas previas con que el sujeto llega a la situación.

No se niega que puedan existir otros factores que también influyen en la percepción; únicamente se afirma que el grado de controlabilidad objetiva y las expectativas previas son factores importantes en el surgimiento de la percepción.

Que la controlabilidad-incontrolabilidad objetiva influye sobre la controlabilidad percibida es algo que ya se afirmaba en la teoría original de la indefensión aprendida (y, desde luego, bastante antes de que ésta surgiera). También afirma dicha teoría que las expectativas de incontrolabilidad interferirán con la posterior percepción de controlabilidad. Aquí, pues, únicamente se generaliza esta afirmación y se postula que las expectativas previas (se hayan éstas generado por incontrolabilidad objetiva, o de cualquier otra forma) influyen en la percepción de controlabilidad-incontrolabilidad. Este postulado es, además, coherente con lo defendido recientemente por algunos autores (Abramson y Alloy, 1980; Alloy, 1982; Crocker, 1981; Nisbett y Ross, 1980) cuando afirman que el establecimiento de relaciones entre eventos es guiado por expectativas o esquemas cognoscitivos previamente existentes y que actúan como mediadores del establecimiento de covariaciones entre dichos eventos.

Estos autores sostienen que los datos objetivos se relacionan entre sí y se integran e interpretan desde teorías personales cognoscitivas, destacando en ellas los esquemas conceptuales (Beck, 1967, 1973, 1983), las expectativas de ocurrencia (Weiner, 1980) y de controlabilidad (Tabacknik, Crocker y Alloy, 1983).

En este momento puede surgir una aparente contradicción entre la conclusión extraída de los estudios de Alloy y Abramson (1979, 1982) y lo que se acaba de afirmar en los párrafos anteriores: Por una parte se ha dicho que, en contra de lo que se esperaba desde la teoría de la indefensión aprendida, ni los sujetos indefensos ni los deprimidos manifiestan déficits perceptivos; por otra parte, sin embargo, a continuación se ha razonado como si se diera por buena la teoría de Seligman y, por tanto, como si se pensara que las expectativas de incontrolabilidad previas interfieren con la percepción posterior de controlabilidad.

Esta contradicción entre afirmaciones parece poder extraerse también si se comparan los resultados experimentales de Alloy y Abramson (1979) con las observaciones clínicas de Beck (1983): En tanto que los primeros concluyen que los sujetos deprimidos no poseen deficiencias perceptivas, Beck afirma que una de las principales características del sujeto que padece depresión es precisamente su tendencia a percibir únicamente los eventos negativos que le ocurren.

Quizá pueda argüirse que la depresión de los estudiantes con que trabajan Alloy y Abramson y la de los pacientes clínicos de Beck sean fenómenos cualitativamente distintos, aun cuando en muchos casos puedan ser cuantitativamente semejantes, según sus puntuaciones en el BDI o en el MAACL.

Sin negar que esto puede ser correcto, quizá convenga tener en cuenta otras consideraciones.

En nuestra opinión, parte de la confusión existente puede estar siendo producida por el hecho de que el término «percepción» se ha tomado del lenguaje diario, donde posee varias acepciones, cosa que no se ha tenido en cuenta.

En la vida diaria solemos utilizar el término «percepción» a) para referirnos a que alguien, en un momento determinado, ve, oye o capta algún objeto, pero también b) a que alguien mantiene una determinada creencia. En esta última acepción el término hace referencia a un proceso psicológico supuestamente distinto y, en general, es equivalente a «creer» o a «pensar». Este último uso es el más frecuente cuando no hablamos de «percibir» objetos, sino relaciones entre objetos, relaciones que requieren para su establecimiento alguna suerte de interpretación. Por ejemplo, cuando alguien ve una mesa, decimos que «percibe» dicha mesa —acepción a) del término—; cuando Pepe pega a Juan y, a continuación, Juan pega a Pepe, suele decirse que Juan pegó a Pepe *porque* éste le pegó a él primero. El establecimiento de esta relación funcional suele considerarse como una «percepción» de una relación causa-efecto —acepción b) del término.

Tanto en la teoría de la indefensión aprendida de Seligman como en el modelo de la depresión de Beck, «percepción» hace referencia a la última acepción, a la de que el sujeto, sobre la base de la evidencia disponible y de su estado cognoscitivo, construye una creencia sobre la relación de dos objetos o eventos, por ejemplo, la relación causa-

efecto entre su comportamiento y los resultados negativos que le sobrevienen.

Otra diferenciación que puede resultar de interés es la de que con frecuencia no existe equivalencia entre lo que el sujeto puede informar, si se le pide; aquello sobre lo que informa de manera espontánea; y aquello otro de lo que, ni siquiera bajo petición, es capaz de informar. Los pacientes de Beck (1973), por ejemplo, pueden informar, cuando se les pregunta, de eventos positivos que ocurren en sus vidas. Sin embargo, cuando se conducen espontáneamente se comportan como si no percibieran dichos eventos. Podría decirse, pues, que perciben bien, pero que prestan una atención selectiva a los eventos negativos, eventos sobre los que construyen las creencias y gran parte de su sistema de pensamiento.

Así pues, la percepción de incontrolabilidad sobre la que trata el presente trabajo se refiere a la creencia que manifiestan los sujetos, cuando así se les pide, acerca de la relación puntual entre un determinado comportamiento propio y cierto resultado que acaba de darse (de forma muy semejante, en este sentido, a lo realizado en los experimentos de Alloy y Abramson, 1979, 1982, y de Ruiz y Tudela, 1983). El establecimiento de la importancia práctica de esta creencia para predecir o controlar otros comportamientos es algo que escapa a los objetivos del presente trabajo. Su importancia teórica, sin embargo, es grande, tanto desde el punto de vista de la teoría de la indefensión como desde otros modelos cognoscitivos que trabajan con este concepto.

Las dos hipótesis concretas que vamos a someter a comprobación en el presente estudio son, pues, que la percepción de controlabilidad-incontrolabilidad, así entendida, depende, en parte:

1. Del grado de controlabilidad objetivamente ejercido.
2. De las expectativas de controlabilidad previamente mantenidas por el sujeto, tanto más cuanto más concretas o específicas sean con respecto a la secuencia respuesta-resultado de que en cada momento se trate.

Método

Sujetos

Los sujetos han estado constituidos por un total de 121 estudiantes universitarios de los cursos tercero y adaptación del Departamento de Psicología de la Universidad de Málaga. De ellos 39 eran varones y 82 mujeres. La media de edad era de 23,06 años y la desviación típica de 4,308. A todos ellos se les informó que las tareas para las que se los requería eran parte de las prácticas de la asignatura de Psicodiagnóstico. La participación no fue voluntaria, aunque el material utilizado se recogió de forma anónima.

Variables y diseño

La tarea de tratamiento experimental, destinada a producir distintos *grados de solubilidad*, estuvo compuesta por «sopas de letras» semejantes a las de Buceta (1982; Buceta, Polaino y Parrón, 1982) y previamente utilizadas por el presente autor (Godoy, 1986). Así pues, la incontrolabilidad (insolubilidad) se ha producido sobre tareas cognoscitivas, al igual que en otros experimentos sobre indefensión aprendida en humanos (Benson y Kennelly, 1976; Buceta, 1982; Buceta, Polaino y Parrón, 1982; Glass y Singer, 1972; Gatchel, Paulus y Mapples, 1975; Gatchel y Proctor, 1976; González Almendros et al., 1984; Hiroto y Seligman, 1975; Ruiz y Tudela, 1983; Salgado y Valle-Inclán, 1982) y a pesar de la opinión en contra de algunos autores (v.gr., Maldonado, 1983; una réplica a estas opiniones puede encontrarse en Godoy, 1986).

En total se formaron, sobre la base del material de tratamiento experimental recibido, tres grupos de sujetos: a uno se le dieron «sopas de letras» todas ellas solubles (grupo 100 por 100 soluble); a otro, solubles al 50 por 100, entremezcladas al azar las solubles y las insolubles (grupo 50 por 100 soluble); el tercer grupo recibió «sopas» todas ellas insolubles (grupo insoluble). En todos los grupos cada sujeto recibió un conjunto de 10 «sopas» que en total estaban compuestas por 43 problemas, y para la realización de las cuales disponía de 40 minutos aproximadamente.

Las *expectativas generalizadas* se han evaluado mediante la «Escala de expectativas generalizadas de lugar de control interno-externo» de Rotter (1966). Los sujetos quedaron clasificados como internos o como externos según que puntuaran por debajo o por encima de la mediana (puntuación 11), respectivamente.

Las *expectativas concretas o específicas* se han evaluado mediante las siguientes preguntas escritas:

Sobre sí mismo:

«¿Cómo esperas resolver las tareas que vienen a continuación?»

Sobre los demás:

«¿Cómo crees que solucionarán los compañeros las tareas que vienen a continuación?»

Los sujetos debían contestar en sendas escalas puntuadas de 0 (muy mal) a 9 (muy bien). Posteriormente se dicotomizaron ambos conjuntos de puntuaciones (expectativas sobre sí y sobre los demás) utilizando el valor de sus respectivas medianas (en ambos casos, puntuación 5), quedando los sujetos divididos en bajos y altos en expectativas sobre sí mismos y bajos y altos en expectativas sobre los demás.

La *percepción* se ha evaluado con las preguntas escritas:

Sobre sí mismo:

«¿Cómo has realizado las tareas anteriores?»

Sobre los demás: «¿Cómo crees que han realizado tus compañeros las tareas anteriores?»

El sujeto daba sus contestaciones en unas esca-

las semejantes a las empleadas con las expectativas específicas.

Aunque tanto las expectativas específicas como la percepción se evalúan mediante una sola pregunta y la contestación es una única escala, lo que se ha supuesto podría plantear algunos problemas de fiabilidad (Campbell y Fiske, 1959), dicho método se ha demostrado adecuado y válido para evaluar este tipo de variables (Elig y Frieze, 1979).

El diseño, pues, ha sido de tipo factorial $3 \times 2 \times 2$ para las expectativas sobre sí mismo, y 3×2 para las expectativas sobre los demás.

Procedimiento

Los sujetos rellenaron la escala I-E de Rotter en sus aulas naturales y se les avisó que a la semana siguiente se continuaría con las «prácticas de Psicodiagnóstico».

El día prefijado y estando los sujetos también en sus aulas naturales se los separó unos de otros de tal forma que no pudieran ver la contestación de ningún compañero, pero sí si éstos estaban o no trabajado. Se les dieron unas breves instrucciones de que guardaran silencio y de que no podrían levantarse mientras durasen las pruebas. A continuación se les repartían las instrucciones de cómo realizar las «sopas de letras», presentadas como una prueba de tipo intelectual, y un ejemplo solucionable que servía de entrenamiento y para asegurarse de que todos los sujetos habían entendido las instrucciones. En una hoja adjunta se evaluaban a continuación las expectativas específicas, una vez que el sujeto conocía de qué tipo de tarea se trataba (el material utilizado puede solicitarse al autor).

Una vez completado lo anterior, el sujeto recibía, repartidas al azar, las tareas de tratamiento («sopas de letras») y se le pedía que las solucionara lo mejor posible. Cuando se terminaba el tiempo permitido para la realización de la última «sopa», se recogía el cuadernillo de problemas, se repartían

las hojas destinadas a evaluar la percepción y posteriormente se volvían a recoger.

Resultados

Percepción de la propia realización

En el cuadro 1 pueden verse las medias y las desviaciones típicas de cada uno de los grupos. En el cuadro 2 aparecen los datos del análisis de varianza, realizado desde una aproximación clásica.

Como puede observarse, ambas hipótesis reciben apoyo experimental. Tanto el estadístico F correspondiente a la variable experimental «grados de solubilidad» ($F = 7,295$; g.l. = 2, 120; $p = 0,001$), como el correspondiente a las expectativas específicas sobre la situación ($F = 3,781$; g.l. = 1, 120; $p = 0,054$) son estadísticamente significativos. La F correspondiente a las expectativas de lugar de control (escala I-E de Rotter) sólo es significativa a un nivel marginal ($F = 2,202$; g.l. = 1, 120; $p = 0,141$, dos colas).

Debido a que, como también puede observarse en el cuadro 1, las desviaciones típicas de los distintos grupos en la variable «grado de solubilidad» aumentan conforme disminuye la solubilidad de las tareas que debían realizar, se ha procurado someter a prueba la homogeneidad de las varianzas (F de la «Bartlett-Box» = 4,244; $p = 0,014$). Dado que las varianzas no son homogéneas no debía haberse empleado el análisis de varianza. No obstante, en aras de obtener las posibles interacciones entre las distintas variables y no disponiendo de alguna prueba no paramétrica que fuera de utilidad para ello, se ha optado por usarla. Aun así, para subsanar la probable confusión que podría rodear los resultados, se ha añadido un análisis de varianza de Kruskal-Wallis (chi cuadrado, corregida para los enlaces = 21,215; $p = 0,001$). En el cuadro 1, entre paréntesis, pueden verse los rangos medios obtenidos.

Tal como se esperaba, pues, la influencia princi-

CUADRO 1

Medias y desviaciones típicas de los distintos grupos en percepción del rendimiento propio

	Media	(R. Medio)	Desviación típica	n
<i>Grado de solubilidad</i>				
Grupo 100 por 100 soluble	5,38	(92,78)	1,958	41
Grupo 50 por 100 soluble	4,30	(77,12)	2,311	40
Grupo insoluble	3,29	(53,79)	3,048	40
<i>Expectativas específicas</i>				
Bajos	3,81		2,388	54
Altos	4,93		2,636	67
<i>Expectativas generalizadas (Rotter)</i>				
Bajos	4,10		2,271	61
Altos	4,77		2,837	60

CUADRO 2

Análisis de varianza sobre la percepción del propio rendimiento

Fuentes de variación	Suma de cuadrados	g.l.	Medias cuadráticas	F	p*
Efectos principales	131,717	4	32,929	5,733	0,001
Grado de solubilidad	83,800	2	41,900	7,295	0,001
Expectativas específicas	21,719	1	21,781	3,781	0,054
Rotter	12,647	1	12,647	2,202	0,141
Interacciones de dos factores	16,900	5	3,380	0,588	0,709
Solubil. X Expect. esp.	1,891	2	0,945	0,165	0,848
Solubil. X Rotter	12,127	2	6,064	1,056	0,351
Expect. espec. X Rotter	6,043	1	6,043	1,052	0,307
Interacción de los tres factores	22,926	2	11,463	1,996	0,141
Varianza explicada	171,544	11	15,595	2,715	0,004
Varianza residual	626,100	109	5,744		
Varianza total	797,643	120	6,647		

* Prueba de dos colas.

pal corresponde al tratamiento y a las expectativas específicas y, en menor grado, a las expectativas generalizadas.

Como puede observarse en el cuadro 2 no se produjeron interacciones estadísticamente significativas entre las variables principales.

Percepción sobre la realización de los compañeros

En el cuadro 3 pueden verse las medidas y las desviaciones típicas de cada grupo, y en el cuadro 4 los resultados del análisis de varianza (aproximación clásica).

También con la creencia que el sujeto mantiene sobre la ejecución de los compañeros se cumplen las predicciones realizadas, aunque en este caso no se utilizan las expectativas generalizadas evaluadas con la escala I-E de Rotter, ya que éstas se refieren al lugar de control interno o externo del propio sujeto que emite el juicio.

Tanto para el grado de solubilidad (F = 7,293; g.l. = 2, 120; p = 0,001) como para las expectativas específicas (F = 10,689; g.l. = 1, 120; p = 0,001), los estadísticos F resultan significativos.

CUADRO 3

Medias y desviaciones típicas de los distintos grupos en percepción del rendimiento de los demás

	Media	Desviación típica	n
<i>Grado de solubilidad</i>			
Grupo 100 por 100 soluble	6,63	1,114	41
Grupo 50 por 100 soluble	5,81	1,583	40
Grupo insoluble	5,51	1,734	40
<i>Expectativas específicas</i>			
Bajos	5,36	1,510	54
Altos	6,30	1,500	67

Discusión y conclusiones

Los resultados del presente estudio han puesto de manifiesto que en el surgimiento de la percepción fenomenológica de solubilidad-insolubilidad de una tarea cognoscitiva influyen tanto el grado de solubilidad objetiva como las expectativas previas

CUADRO 4

Análisis de varianza sobre la percepción del rendimiento de los demás

Fuentes de variación	Suma de cuadrados	g.l.	Medias cuadráticas	F	p*
Efectos principales	58,227	3	19,409	9,400	0,001
Grado de solubilidad	30,115	2	15,058	7,293	0,001
Expectativas específicas	22,070	1	22,070	10,689	0,001
Interacciones de los dos factores	7,189	2	3,594	1,741	0,179
Varianza explicada	61,416	5	13,083	6,336	0,001
Varianza residual	303,518	116	2,617		
Varianza total	368,933	120	3,047		

* Prueba de dos colas.

con que el sujeto llega a la realización de los problemas que se le plantean.

Los resultados son, pues, consistentes con lo que cabía esperar desde el modelo de la indefensión aprendida (Seligman, 1975; Abramson, Seligman y Teasdale, 1978) y con lo propuesto por autores posteriores (Alloy y Abramson, 1979; Crocker, 1981; Tabacknick, Crocker y Alloy, 1983).

Estos últimos autores (como ya se comentó anteriormente) sostienen que los datos objetivos se interpretan e integran a través de teorías cognoscitivas personales que mantienen los sujetos sobre el mundo que los rodea, sobre los distintos eventos que en él suceden y sobre sí mismos. Tabacknik, Crocker y Alloy (1983) postulan, en concreto, que los juicios de contingencia serán precisos cuando el individuo carezca de expectativas definidas acerca de la relación de los eventos en cuestión o cuando la información situacional coincida con las expectativas previas. Cuando la información objetiva y las expectativas previas sean contradictorias, los juicios de contingencia se sesgarán en la dirección de las expectativas, excepto en aquellos casos en los que la información situacional sea particularmente fuerte.

Los mecanismos cognoscitivos supuestos, a través de los que las expectativas previas y la información situacional interaccionan, han sido descritos por Crocker (1981) y Tabacknik, Crocker y Alloy (1983). Según estos autores dichos mecanismos suponen procesos de atención selectiva, memoria selectiva y constructiva, estrategias o formas de categorización y de prueba de hipótesis preferentes, etc. Todos estos procesos, a su vez, pueden estar influidos por la información existente (o esperada pero ausente) y por los cambios que pueden darse en la misma. Es decir, al igual que ocurriría con las atribuciones (Lau, 1984), la construcción de la percepción de contingencia o controlabilidad puede llegar a ser tanto más precisa cuanto más información ambiental recoge el sujeto. Así pues, si percibir con precisión es de importancia para el sujeto, la precisión será función de la información que se obtiene a lo largo del tiempo. La transformación perceptiva a través del tiempo, a su vez, sería función de la información que llega y de la fuerza hacia la consistencia cognoscitiva con la percepción previamente mantenida.

A la vista de estas proposiciones teóricas y de la evidencia experimental hasta ahora reunida, y con la que los resultados del presente trabajo concuerdan, parece sumamente interesante plantearse algunas cuestiones de cara a la investigación futura.

En primer lugar, si en aquellas situaciones en las que percibir con precisión es importante (situaciones de incontrolabilidad de un resultado valorado, por ejemplo), conforme pasa el tiempo y el sujeto puede recabar información adicional y generar expectativas específicas, el papel de las expectativas generalizadas de lugar de control irá en decremento y el de las expectativas específicas en aumento.

Igualmente puede plantearse que, cuando la posibilidad de recabar información relevante se mantiene, las expectativas específicas perderán importancia predictiva (aunque no explicativa), de tal forma que, al final, se podrán realizar predicciones bastante ajustadas desde la sola consideración del grado de controlabilidad objetiva, tal como ocurre en la mayoría de las situaciones sobre aprendizaje y sobre indefensión en las que el tratamiento es prolongado.

Es decir, parece teórica y prácticamente interesante someter a comprobación experimental si, cuando no se poseen expectativas específicas y no se dispone de la información o el tiempo necesario para generarlas, las dos variables mejor predictoras son el grado de controlabilidad objetiva y las expectativas generalizadas de lugar de control. Cuando, por el contrario, sí se poseen dichas expectativas concretas, el papel de las expectativas generalizadas pierde importancia predictiva. Por fin, en el último estadio, cuando las expectativas concretas llegan a estabilizarse al coincidir con la información objetiva, bastaría con atender únicamente al grado de controlabilidad objetiva, sin por ello perder precisión predictiva.

En este sentido la hipótesis (original de Rotter, 1966, y de Lefcourt, 1981, y, a nuestro juicio, puesta a prueba por primera vez en este estudio) de que las expectativas específicas sobre la situación explicarán mayor cantidad de varianza que las expectativas generalizadas de lugar de control, se relaciona muy estrechamente con la discusión planteada en torno a si en la predicción de los síntomas de la indefensión es mejor evaluar las atribuciones concretas de la situación o los estilos atribucionales, más estables y de mayor generalización transituacional. Sobre esto la evidencia reunida hasta el momento parece permitir la conclusión de que los estilos atribucionales son de utilidad cuando los sujetos se enfrentan a tareas ambiguas o sobre las que no poseen expectativas concretas, y resultan poco útiles cuando sí se generan dichas expectativas concretas, sobre todo si estas últimas difieren del estilo usualmente utilizado por el sujeto (una revisión sobre el tema puede verse en Alloy, 1982).

Si con la percepción ocurre igual que con las atribuciones (Lau, 1984), como parece razonable suponer, las hipótesis anteriormente formuladas pueden resultar de gran utilidad, tanto a nivel predictivo como explicativo.

Referencias

- Abramson, L. Y.; Alloy, L. B., y Rosoff, R. (1981): «Depression and the generation of complex hypotheses in the judgment of contingency», *Behaviour Research and Therapy*, 19, 35-45.
- Abramson, L. Y.; Seligman, M. E. P., y Teasdale (1978): «Learned helplessness in humans: Critique and reformulation», *Journal of Abnormal Psychology*, 87, 49-74.
- Alloy, L. B. (1982): «The role of perception and attributions for response-outcome non-contingency in learned help-

- lessness: A commentary and discussion», *Journal of Personality*, 50, 443-479.
- Alloy, L. B., y Abramson, L. Y. (1979): «Judgment of contingency in depressed and nondepressed students: Sadder but wiser?», *Journal of Experimental Psychology General*, 108, 441-485.
- Alloy, L. B., y Abramson, L. Y. (1980): «The cognitive component of human helplessness and depression: A critical analysis». En J. Garber y M. E. P. Seligman (eds.): *Human helplessness. Theory and applications*, New York, Academic Press, 59-70.
- Alloy, L. B., y Abramson, L. Y. (1982): «Learned helplessness, depression, and the illusion of control», *Journal of Personality and Social Psychology*, 42, 1114-1126.
- Alloy, L. B.; Abramson, L. Y., y Viscusi, D. (1981): «Induced mood and the illusion of control», *Journal of Personality and Social Psychology*, 41, 1129-1140.
- Alloy, L. B., y Seligman, M. E. P. (1979): «On the cognitive component of learned helplessness and depression». En G. H. Bower (ed.): *The psychology of learning and motivation*, vol. 13, New York, Academic Press.
- Beck, A. T. (1967): *Depression: Clinical, experimental and theoretical aspects*, New York, Harper.
- Beck, A. T. (1973): *The diagnosis and management of depression*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- Beck, A. T.; Rush, A. J.; Shaw, B. F., y Emery, G. (1983): *Terapia cognitiva de la depresión*, Bilbao, Desclee de Brouwer (original de 1979).
- Benson, J. S., y Kennelly, K. S. (1976): «Learned helplessness: The result of uncontrollable reinforcement or uncontrollable aversive stimuli?», *Journal of Personality and Social Psychology*, 34, 138-145.
- Buceta, J. M. (1982): *Learned helplessness: Un acercamiento experimental al estudio de la depresión*, Madrid, Servicio de Reprografía de la Universidad Complutense.
- Buceta, J. M.; Polaino, A., y Parrón, P. (1982): «Déficits de autoestima y de tipo emocional del "learned helplessness" en un estudio experimental con estudiantes no depresivos y depresivos leves», *Análisis y Modificación de Conducta*, 8, 191-211.
- Campbell, D. T., y Fiske, D. W. (1959): «Convergent and discriminant validation by the multitrait-multimethod matrix», *Psychological Bulletin*, 56, 81-105.
- Costello, C. G. (1978): «A critical review of Seligman's laboratory experiments on learned helplessness and depression in humans», *Journal of Abnormal Psychology*, 87, 21-31.
- Crocker, J. (1981): «Judgment of covariation by social perceivers», *Psychological Bulletin*, 90, 272-292.
- Elig, T. W., y Frieze, I. H. (1979): «Measuring causal attributions for success and failure», *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 621-634.
- Gatchel, R. J.; Paulus, P. B., y Maples, C. W. (1975): «Learned helplessness and self-reported effect», *Journal of Abnormal Psychology*, 84, 732-734.
- Gatchel, R. J., y Proctor, J. D. (1976): «Physiological correlates of learned helplessness in man», *Journal of Abnormal Psychology*, 85, 27-34.
- Glass, D. C., y Singer, J. E. (1972): *Urban stress: Experiments on noise and social stressor*, New York, Academic Press.
- Godoy, A. (1986): *Reactancia e indefensión aprendida: Relaciones funcionales y variables de personalidad*, Tesis doctoral no publicada, Universidad de Málaga.
- González Almendros, J. L., et al. (1984): «El coste de respuesta no contingente en niños y la verificación de la hipótesis atribucional de la indefensión aprendida», *Revista Española de Terapia del Comportamiento*, 1, 53-66.
- Hiroto, D. S. (1974): «Locus of control and learned helplessness», *Journal of Experimental Psychology*, 102, 187-192.
- Hiroto, D. S., y Seligman, M. E. P. (1985): «Generality of learned helplessness in man», *Journal of Personality and Social Psychology*, 31, 311-327.
- Langer, E. J. (1975): «The illusion of control», *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 311-328.
- Lau, R. R. (1984): «Dynamics of the attribution process», *Journal of Personality and Social Psychology*, 46, 1017-1028.
- Lefcourt, H. M. (1981): *Research with the locus of control construct, vol. 1: Assessment methods*, New York, Academic Press.
- Maier, S. F.; Seligman, M. E. P., y Solomon, R. L. (1969): «Pavlovian fear conditioning and learned helplessness». En B. A. Campbell y R. M. Church (eds.): *Punishment*, New York, Appleton-Century-Crofts, 299-343.
- Maier, S. F., y Seligman, M. E. P. (1976): «Learned helplessness: Theory and evidence», *Journal of Experimental Psychology: General*, 105, 3-46.
- Maldonado, A. (1983): «Indefensión aprendida humana: Un estudio experimental de la inadecuación de la inducción cognitiva como método de estudio de la indefensión aprendida», *Revista de Psicología General y Aplicada*, 38, 836-854.
- Miller, J. W., y Norman, W. H. (1979): «Learned helplessness in humans: A review and attributional-theory model», *Psychological Bulletin*, 86, 93-118.
- Nisbet, R. E., y Ross, L. (1980): *Human inference: Strategies and shortcomings of social judgment*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall.
- Rotter, J. B. (1966): «Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement», *Psychological Monographs*, 80, núm. 609 entero.
- Ruiz, J. A., y Tudela, P. (1983): «Indefensión aprendida y juicios de contingencia», *Revista de Psicología General y Aplicada*, 38, 815-854.
- Salgado, J., y Valle-Inclán, F. (1982): «Incontrolabilidad y desamparo aprendido: Un estudio experimental», *Análisis y Modificación de Conducta*, 8, 47-55.
- Seligman, M. E. P. (1975): *Helplessness: On depression, development, and death*, San Francisco, Freeman. Versión castellana: *Indefensión aprendida*, Madrid, Debate, 1981.
- Seligman, M. E. P. (1972): «Learned helplessness», *Annual Review of Medicine*, 23, 407-412.
- Tabacknik, N.; Crocker, J., y Alloy, L. B. (1982): «Depression, social comparison, and the "false consensus" effect», *Journal of Personality and Social Psychology*, 45, 688-699.
- Weiner, B. (1980): *Human motivation*, New York, Holt, Rinehart and Winston.